

LA LECCION DE INDOCHINA

LA caída de Camboya, el desplome en Vietnam, son fechas históricas de las que marcan en los libros de historia separaciones entre épocas. Son acontecimientos muy graves, profundamente graves, para el conjunto de la política de los Estados Unidos, o del imperio de occidente. La doctrina de esta política la fijó Truman, cuando todavía había guerra en Europa y el Japón. Se ha estado macerando desde hace años. Era la doctrina de un imperio altamente intervencionista, que probablemente una gran parte de la nación americana no deseaba —se ha hablado del «imperio involuntario», y que incluso se aceptaba con un cierto orgullo de misión que cumplir: eran los tiempos en que se hablaba del «mundo libre», sin detenerse demasiado a contemplar lo que sucedía con la libertad en los países designados para sostener el imperio. En torno a este imperio se creó todo un sistema económico. Sólo en las formas era distinto a lo que había sido su antecesor el gran Imperio británico. Los kiplings de este nuevo imperio buscaban rimas distintas: pero la saga era la misma.

LA maceración ha dejado apenas la carcasa de todo el sistema; pero el sistema en sí no ha cambiado. Simplemente, se ha quedado obsoleto. Sólo que es difícil aceptar el cambio. Toda la economía, toda la política, toda la estrategia de los Estados Unidos están inspiradas en un modelo imperial. Una derrota como la de Indochina pone todo en cuestión.

LOS Estados Unidos irradiaron a partir de la segunda guerra mundial una sensación de seguridad y de fuerza que le atrajeron la admiración y la alianza de los conservadores, el temor y la inquietud de los progresistas y revolucionarios. Esta herida de ahora se abre en el mismo costado de los Estados Unidos. Se desvanecen esas nociones de seguridad y fuerza. Sólo queda una costumbre y el terror de no saber cuáles son las soluciones de recambio. Kissinger era el hombre que debía cambiarla y que se presentó con todos los atributos de la mutación: hoy apenas se le considera como un charlatán. El presidente Ford no existe. La voluntad falla. Un comentarista tan conservador y tan claramente proamericano como Raymond Aron —*Le Figaro*, 17 de abril— sitúa la potencia americana en su voluntad, más que en su potencia: la voluntad americana —dice— no ha sido siempre clarividente en los últimos veinticinco años, pero jamás había sido puesta en duda: «Lo es ahora por primera

vez, y nadie puede medir con certidumbre las consecuencias de una debilitación menos material que moral». Para Raymond Aron, las consecuencias serían graves, en el sentido de que los Estados Unidos son la única nación de occidente —el «último», en su propia frase— que no ha querido capitular. Pero la frase tiene un alcance infinitamente más grave que lo que Aron considera capitulación —que, finalmente, no es más que aceptar las realidades de la política mundial y de la relación de fuerzas—, que es la de los extremos a que puede llegar un gran imperio que se desmorona y pierde la moral —es decir, el sentido último de sus propias acciones— cuando conserva intacto su poderío militar. Puede ser una experiencia única en la historia. Los grandes imperios —a partir del español— se han perdido simultáneamente con su fuerza militar y económica (los dos últimos, Francia e Inglaterra). El sansonismo de los Estados Unidos puede llevar a cualquier prueba de fuerza con resultados graves para todos. Es una reacción muy posible. Imaginemos por un momento lo que sería, por ejemplo, un desembarco en el golfo Pérsico para recuperar así la moral perdida y el prestigio ante los aliados: se iniciaría una acción que no se sabría cómo podría terminar. Y no olvidemos que una de las alternativas de una acción de resultados imprevistos puede llevar a una guerra nuclear, y que la guerra nuclear puede conducir a la desaparición entera de naciones y civilizaciones.

NATURALMENTE, el equívoco que produce la caída de los Estados Unidos y de sus gobiernos títeres en Indochina puede alcanzar también al bando contrario. El bando contrario —el de los revolucionarios, el de los comunistas, si se quiere, utilizando la proyección errónea que da la derecha a esta palabra para englobar todos los movimientos de rebeldía y oposición al capitalismo y a las formas actuales de sociedad en occidente, o en el imperio de occidente— tiene una exagerada tendencia a crear teorías generales de sucesos concluidos. Toda la inmensa fuerza de los Estados Unidos, militar, económica y política, ha sido vencida por puñados de guerrilleros de armamento exiguo en un principio y de poblaciones civiles sólo moralmente fuertes y sufridas. Si se liga históricamente este hecho a la fuerza de la resistencia civil contra los grandes ejércitos extranjeros, que van desde la España antinapoléonica a Argelia frente a Francia, a Egipto y la India frente a Gran Bretaña, se puede sacar la

Toda la inmensa fuerza de los Estados Unidos, militar, económica y política, ha sido vencida por puñados de guerrilleros de armamento exiguo en un principio y de poblaciones civiles sólo moralmente fuertes y sufridas. En la foto, distribuida por la agencia norvietnamita VNA, aparecen unos soldados de Ejército de Liberación de Vietnam del Sur en el momento de tomar la localidad de Hue.



En el dominio indochino

consecuencia general de que la guerrilla y la resistencia civil sostenidas por la razón y la moral ganan siempre, de que Goliath es el vencedor seguro de Sansón; una consecuencia doctrinal que podría ser funesta para muchos. Se olvida con demasiada frecuencia la otra cara del suceso: las guerrillas, los levantamientos, las revoluciones que han sido totalmente aplastadas. Bastaría con citar el nombre de Ernesto «Che» Guevara para recordarlo. La reconquista de Indochina hay que inscribirla históricamente en una sucesión de hechos del tipo de la Larga Marcha o de la epopeya de Sierra Maestra: pero cada uno de estos hechos comienza y termina en sí mismo y no es, en ningún caso, reproducible.

QUIZA las constantes que habría que tomar como aleccionadoras o básicas de estos acontecimientos son solamente unas cuantas. La primera es la de que los Estados Unidos no pueden emplear toda su fuerza militar en una sola acción imperial, porque se lo impide por una parte su propia sociedad —que fue la que obligó prácticamente a la retirada de tropas—; por otra, su obligación de no llegar más allá de las fronteras de seguridad de la otra nación atómica —la URSS—, y, en tercer término, por la opinión pública de los países aliados. No olvidemos que sin estas tres condiciones, y empleando a fondo su potencia, los Estados Unidos nunca hubieran perdido la guerra de Indochina.

LA segunda lección es la del valor de las alianzas. Ningún país pone en peligro su propia estabilidad por socorrer a un aliado: los Estados Unidos han dejado perecer los regímenes que ellos mismos establecieron antes que continuar la aventura prohibida por las razones anteriormente expuestas. No es una lección moderna: no olvidemos que el Pacto de Bagdad se rompió en el propio Bagdad por una revolución que los Estados Unidos no se arriesgaron a contener —a pesar de algunos gestos espectaculares— y que el pacto de la OTASE —que en febrero ha cumplido veinte años— fue fraguado exclusivamente por Foster Dulles para poder justificar la intromisión de los Estados Unidos en Indochina (tras la retirada francesa) y que no ha servido ni para eso ni para evitar la amputación de Pakistán recientemente.

LOS Estados Unidos, en este punto gravísimo de su quiebra exterior (y para una nación con base imperial, un desastre exterior lo es también interior que exige una renovación inmediata de tendencias: no olvidemos la España de 1898) tiene dos opciones visibles. Una de ellas es la de un fascismo (el nazismo alemán nació de una derrota militar, aunque mucho más dura, porque alcanzó su propio territorio) para el cual hay algunos candidatos muy calificados: Jackson, Goldwater, Reagan, no son sólo oradores ultra de carácter pintoresco, sino verdaderos políticos de primera calidad, de primera fila en su país, que pueden ser presidentes de los Estados Unidos en los turnos venideros, a partir del de 1976; hombres que cuentan con apoyos de masa, de capitales y de militares.

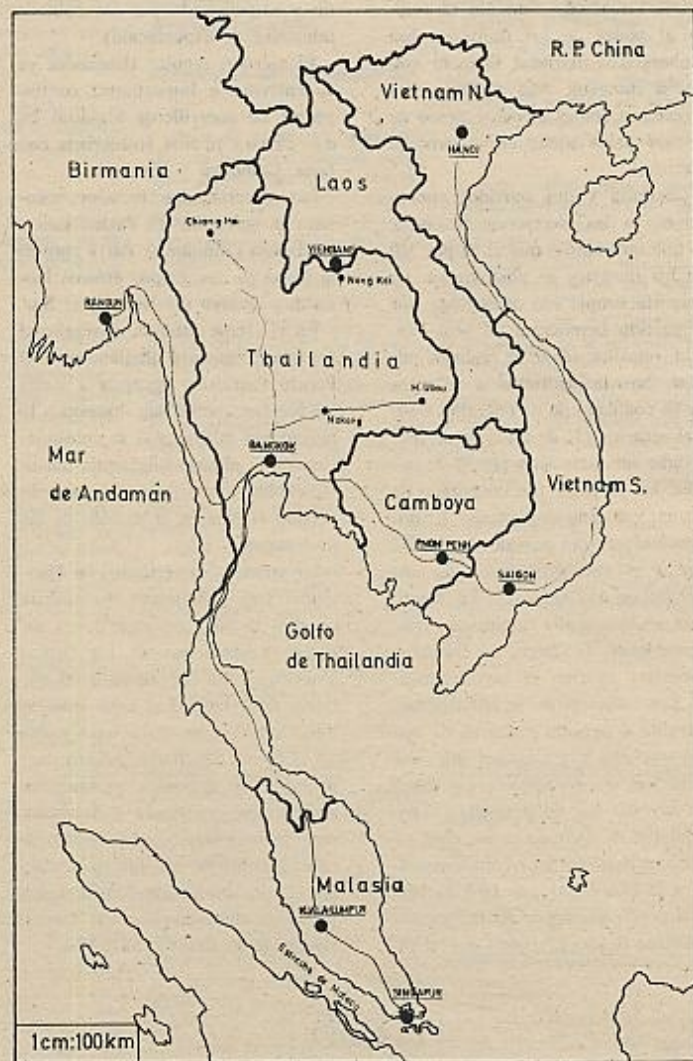
LA otra opción es la de recuperación de la imagen dibujada en la época de Roosevelt: la imagen de la lucha en nombre de la libertad y del antifascismo, y para ello hay también algunos políticos cualificados, aunque cuenten con menos apoyos —sobre todo, con una base popular—. Unos Estados Unidos que dejaran de apoyar a Pinochet y sus gentes, que sostuviesen la democracia en Portugal, que la apoyasen en Grecia o en otros países y que ofrecieran como alternativa al comunismo no la muralla y la tiranía, como ahora desde Truman, no el fascismo, sino la democracia, demostrarían haber comprendido bien la lección de Vietnam y de Camboya. Demostrarían que aceptaban un sentido realista de la historia, en lugar de situarse en la corriente contraria. Pero pesa demasiado todavía el esqueleto endurecido en los últimos treinta años —treinta años en la época de aceleración actual son muchísimos años—, pesa todavía mucho el orgullo-trumanesco introducido en la nación, en su capitalismo, en su ejército y en su masa conservadora como para creer que pueda adoptar ya esta solución. Está en vías de ello: el destronamiento de Nixon y Agnew fue un principio. Pero la máquina política americana es muy poco ágil. Necesita tiempo y desastres.

LA idea del aislacionismo que se predica ahora es difícil. Los Estados Unidos, repitámoslo, no son sólo su territorio, sino una serie de materias primas explotadas en pueblos colonizados (más o menos visiblemente), una serie de negocios internacionales y una manera de entendimiento con la URSS y con China. Aislados irían rápidamente a la pobreza y a una semiextinción.

EL momento ofrece peligros considerables. Ni un imperio ni un régimen caen sin intentar, aun a costa de todos los daños para sí mismos y para los demás, perseverar en los mismos errores que les han llevado a la decadencia. Es una desgracia, pero parece que es así. ■

● Thailandia está viviendo, por primera vez en su historia, una experiencia democrática no exenta de significación. El pueblo thai (pueblo «libre») es el único en Indochina que no ha conocido la colonización europea, pero no ha escapado a tiranías militares prolongadas ni, mucho menos, a la explotación sistemática del neocolonialismo nipo-americano.

viles, hasta llegar al binomio Thanom-Prapass, que impuso, durante quince años, la última y más sórdida fase de toda la dictadura militar. Pero en octubre de 1973, lo que nadie podía esperar —ni siquiera los directamente implicados en la revuelta— se produjo. El gobierno acusó a trece estudiantes detenidos, y reclamados por constantes manifestaciones de solidari-



Pese a la revolución democrática de 1932, en que la antiquísima monarquía del Siam hubo de hacerse «parlamentaria», la estructura social del país, oligárquica y feudalizante, se ha prolongado a través de las dictaduras posteriores, impuestas por un clan, principalmente mercantil, monopolizador de la riqueza nacional. Generales y mariscales (Phibum, Sarit, Sivara...) se sucedieron sin concesiones a los ci-

dad, de tramar un complot comunista para apoderarse del poder... La reacción estudiantil puso en las calles de Bangkok a más de doscientas mil personas que pedían el cese de la represión. La respuesta de los mariscales causó trescientos muertos. Pero el rey —cuyo retrato había sido exhibido por los manifestantes— consiguió la salida de los dictadores del país. Un nuevo primer ministro, Sanya Thammasak, ▶